

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Austral Intrépida

CAPÍTULO 1

El Viajero del Tiempo (pues tal será el apelativo adecuado para hablar de él) estaba contándonos un asunto especialmente enigmático. Sus ojos grises brillaban y centelleaban, y su rostro, por lo general pálido, estaba encendido y resplandeciente. El fuego de la chimenea ardía con fuerza y la suave luminosidad de las luces incandescentes bajo las tulipas¹ de plata se reflejaba en las burbujas que centelleaban y desaparecían en nuestras copas. Los sillones, que eran invenciones suyas, nos abrazaban y nos acariciaban, en vez de limitarse a servirnos de asiento, y flotaba en el ambiente esa atmósfera gratificante de la sobremesa

1. Pantallas de una lámpara, generalmente de cristal, denominadas así por su semejanza a un tulipán. *(Cuando no se indique lo contrario, todas las notas son editoriales.)*

nocturna, cuando las ideas surgen libre e ingeniosamente, sin poner barreras a la imaginación. Y entonces nos lo contó como diré, haciendo hincapié en los puntos decisivos con su huesudo dedo índice, mientras nosotros seguíamos sentados y admirábamos de manera perezosa la vehemencia con que hablaba de su nueva locura —eso era lo que pensábamos— y su fecunda inventiva.

—Pongan mucha atención a lo que les voy a decir. Voy a tener que rebatir un par de ideas que están asumidas casi universalmente. Por ejemplo, la geometría que nos enseñaron en la escuela, que está fundamentada en una idea equivocada.

—¿No será demasiado para nosotros empezar con eso? —dijo Filby, un individuo recalcitrante² y pelirrojo.

—No voy a pedirles que acepten nada sin fundamentos razonables. No tardarán en admitir todo cuanto necesito de ustedes. Por supuesto, ustedes saben que las líneas matemáticas, las líneas de grosor cero, simplemente no existen. Les enseñarían eso al menos, ¿no? Tampoco existen los

2. Que defiende con firmeza sus ideas o comportamiento, y difícilmente cambia de opinión.

planos matemáticos. Todo eso no son más que meras abstracciones.

—Eso es completamente cierto —dijo el psicólogo.

—Y por tanto, sólo con anchura, altura y profundidad, un cubo tampoco puede ser real.

—Ahí discrepo —dijo Filby—. Por supuesto que un cuerpo sólido puede existir. Todas las cosas reales...

—Eso es lo que cree la mayoría de la gente. Pero espere un momento: ¿puede existir un cubo *instantáneo*?

—No le sigo... —dijo Filby.

—¿Un cubo que no tiene duración en el tiempo puede existir?

Filby se quedó pensativo.

—Obviamente —añadió el Viajero del Tiempo—, cualquier objeto real tiene que expandirse en *cuatro* direcciones: debe tener altura, anchura, profundidad... y duración. Pero debido a la natural debilidad de la carne, como les explicaré dentro de un momento, tendemos a pasar por alto este hecho. Hay realmente cuatro dimensiones, tres de las cuales se consideran los tres planos del espacio, y una cuarta, el tiempo. Hay, sin embar-

go, una tendencia a establecer una distinción irreal entre las tres primeras dimensiones y la última, porque da la casualidad de que nuestra conciencia se mueve de forma intermitente en una sola dirección, junto con esa última dimensión, desde el principio hasta el final de nuestras vidas.

—Eso... —dijo un jovencito, haciendo espasmódicos esfuerzos por volver a encender su puro con una vela—, eso... eso está muy claro, desde luego.

—Ahora bien, es muy curioso que todo esto se haya pasado por alto de un modo tan generalizado —prosiguió el Viajero del Tiempo, con una leve emoción de renovada alegría—. Y eso es exactamente lo que significa la cuarta dimensión, aunque haya gente que se refiera a ella sin saber de lo que habla. Es sólo una manera de observar el tiempo. *No hay ninguna diferencia entre el tiempo y las otras tres dimensiones espaciales, salvo que nuestra conciencia se mueve con ella.* Pero algunos idiotas han optado por coger sólo la parte equivocada de esa idea. ¿Han oído ustedes lo que han dicho a propósito de esta cuarta dimensión?

—Yo no —dijo el alcalde.

—Es sencillamente esto: que el espacio, tal y

como lo consideran nuestros matemáticos, se entiende como un concepto de tres dimensiones, que uno puede denominar *altura*, *anchura* y *profundidad*, y se define siempre en referencia a tres planos, cada uno de ellos ordenado en ángulo recto respecto a los otros dos. Pero algunos filósofos se han estado preguntando por qué se habla de tres dimensiones sólo... ¿por qué no hacerlo de otra dirección en ángulo recto también respecto de las otras tres? E incluso han intentado elaborar una geometría tetradimensional. El profesor Simon Newcomb estuvo explicando todo esto en la Sociedad Matemática de Nueva York hace sólo un mes, aproximadamente. Ustedes saben que en una superficie plana, que tiene únicamente dos dimensiones, podemos representar una figura de un sólido de tres dimensiones, y del mismo modo, se piensa que en modelos tridimensionales podríamos representar una cuarta dimensión... si se pudiera tener la perspectiva adecuada. ¿Me siguen?

—Creo que sí... —murmuró el alcalde, y, frunciendo el entrecejo, se sumió en un estado mediatando, al tiempo que movía los labios como si estuviera repitiendo unas palabras místicas—. Sí, creo que ahora lo entiendo —dijo al cabo de un

rato, con alegría, aunque el sentimiento fue bastante pasajero.

—Bueno, no me importa decirles que he estado trabajando en la geometría tetradimensional durante algún tiempo... Algunos de mis resultados son curiosos. Por ejemplo, aquí tengo un retrato de un niño de ocho años; aquí, otro con quince; éste, con diecisiete; el siguiente, con veintitrés, y así sucesivamente. Todas estas fotografías son secciones, como si dijéramos, representaciones tridimensionales de su ser tetradimensional, que es un ser fijo e inalterable.

»Los científicos saben muy bien que el tiempo sólo es un tipo de espacio —prosiguió el Viajero del Tiempo, después de una pausa necesaria para que todo aquello pudiera asimilarse—. Aquí tenemos un conocido esquema científico, un registro climatológico. Esta línea que marco con el dedo es el movimiento del barómetro. Ayer estaba muy alto, pero por la noche cayó; luego, esta mañana volvió a subir, y ha seguido haciéndolo suavemente hasta ahora. Desde luego, el mercurio no trazó esta línea en ninguna de las dimensiones espaciales que conoce todo el mundo. Pero, por supuesto, trazó una línea, y, por lo tanto, debemos concluir

que ésta se desplaza a lo largo de la dimensión temporal.

—Pero si el tiempo es realmente sólo una cuarta dimensión del espacio —dijo el médico, con la mirada clavada en el carbón ardiente de la chimenea—, ¿por qué se considera, y se ha considerado siempre, como una cosa por completo diferente? ¿Y por qué no podemos desplazarnos en el tiempo como lo hacemos en las otras tres dimensiones?

El Viajero del Tiempo sonrió.

—¿Está usted seguro de que podemos movernos libremente en el espacio? A derecha e izquierda sí podemos ir, y hacia atrás y hacia delante, sin problemas, y siempre se ha podido. Admito que podemos movernos con total libertad en dos dimensiones. ¿Pero hacia arriba y hacia abajo...? La gravitación impone sus límites.

—No exactamente —dijo el médico—. Hay globos aerostáticos.

—Pero, antes de los globos, el hombre jamás tuvo la posibilidad de moverse en sentido vertical, salvo que diera saltos espasmódicos o utilizara las irregularidades del terreno.

—Aun así, se podía mover un poco hacia arriba y hacia abajo —insistió el médico.

—Más fácil, mucho más fácilmente hacia abajo que hacia arriba.

—Y tampoco se puede uno mover en el tiempo, de ningún modo: uno no puede abandonar el momento presente.

—Mi querido amigo, ahí es precisamente donde se equivoca. Ahí es precisamente donde todo el mundo se equivoca. Siempre nos estamos alejando del momento presente. Nuestras existencias mentales, que son inmateriales y no tienen dimensiones, siempre están recorriendo la dimensión temporal a una velocidad uniforme desde la cuna hasta la tumba. Igual que estaríamos descendiendo si comenzáramos nuestra existencia a cincuenta millas³ por encima de la superficie de la Tierra.

—Pero hay una gran dificultad —interrumpió el psicólogo—. Uno puede moverse en todas direcciones en el espacio, pero no se puede desplazar en el tiempo.

—Ahí está la semilla de mi gran descubrimiento. Pero se equivoca usted cuando dice que no nos podemos mover en el tiempo. Por ejemplo, si re-

3. Una milla equivale a 1,609 km; por lo tanto, cincuenta millas equivalen a 80,47 km.

cuerdo un accidente de un modo muy vívido, estoy regresando al instante en que aconteció: puedo estar ensimismado, como se suele decir. Salto atrás durante un instante. Por supuesto, no tenemos manera de quedarnos allí durante mucho tiempo, no mucho más que un salvaje o un animal que pretenda estar a seis pies⁴ por encima del suelo. Pero un hombre civilizado está en mejor situación que un salvaje en este sentido. Puede contrarrestar la gravedad en un globo aerostático, así que, al fin y al cabo, ¿por qué no debería confiar en poder detener o acelerar su posición en la línea del tiempo, o incluso dar media vuelta y viajar en sentido contrario?

—Ah, eso... —empezó a decir Filby—, eso es todo...

—¿Por qué no? —dijo el Viajero del Tiempo.

—Va contra la razón —protestó Filby.

—¿Qué razón? —preguntó el Viajero del Tiempo.

—Cualquiera puede demostrar que el negro es

4. Un pie equivale a 30,5 cm; por lo tanto, seis pies equivalen a 1,83 m.

blanco con sofismas⁵ —dijo Filby—, pero a mí nunca me convencerá.

—Seguramente —admitió el Viajero del Tiempo—. Pero de momento sólo hemos empezado a ver el objeto de mis indagaciones en el campo de la geometría tetradimensional. Hace mucho tiempo tuve la idea de una máquina...

—¡Para viajar en el tiempo! —exclamó el jovencito.

—Y podría viajar absolutamente en cualquier dirección en el tiempo y en el espacio, dependiendo del gusto del piloto.

Filby se contentó con proferir una carcajada.

—Pero tengo una confirmación experimental —dijo el Viajero del Tiempo.

—¡Eso sería fabuloso para los historiadores! —apuntó el psicólogo—. ¡Uno podría viajar hacia atrás en el tiempo y verificar si ocurrió lo que todo el mundo da por cierto en la batalla de Hastings,⁶ por ejemplo!

5. Argumentación basada en una mentira que se intenta utilizar como si fuese verdadera.

6. La batalla de Hastings (1066) se considera un hecho esencial en el proceso de fundación de la nación inglesa. (*N. del t.*)

—¿No cree que llamaría mucho la atención?
—dijo el doctor—. Nuestros ancestros⁷ no toleraban bien los anacronismos.⁸

—Podríamos escuchar griego de los mismísimos labios de Homero y Platón... —murmuró el joven.

—En cuyo caso te darían calabazas en los exámenes parciales. Los profesores alemanes han mejorado mucho el griego.

—Bueno, pues entonces ahí está el futuro —dijo el joven—. ¡Imagínenselo! Uno podría invertir todo su dinero, dejar que se acumulara a un buen interés, ¡e ir a recogerlo enseguida al futuro...!

—... y descubrir una sociedad basada en preceptos estrictamente comunistas —concluí yo.

—¡Jamás había oído una teoría tan extravagante! —dijo el psicólogo.

—Sí, lo mismo me parece a mí, y por eso no he hablado hasta...

—¡... que tengamos una comprobación expe-

7. Antepasados.

8. Error que se deriva de situar algún detalle fuera de la época a la que corresponde.

rimental! —exclamé—. ¿Va usted a comprobar o a verificar *eso*?

—¡El experimento! —exclamó Filby, que parecía exhausto de tanto pensar.

—Veamos el experimento, de todos modos —dijo el psicólogo—, aunque no sean más que paparruchas, desde luego.

El Viajero del Tiempo sonrió a todos los que estábamos a su alrededor. Luego, conservando en sus labios una leve sonrisa, y con las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos, salió lentamente de la estancia y se oyó el sonido de sus pasos avanzando por un largo pasillo que conducía a su laboratorio.

El psicólogo nos miró.

—Me pregunto qué demonios tendrá...

—Algún truco de prestidigitación o cosa parecida —dijo el médico, y Filby intentó contarnos que había visto a un mago en Burslem, pero antes de que hubiera terminado el prólogo de su historia, el Viajero del Tiempo regresó y la anécdota de Filby pasó a mejor vida.

Lo que el Viajero del Tiempo traía en la mano era una especie de estructura metálica y brillante, apenas mayor que un pequeño reloj, y de una fac-

tura⁹ muy delicada. Tenía algo de marfil, y una especie de sustancia cristalina y transparente. Y ahora debo ser más explícito, porque lo que sigue —a menos que se acepte mi explicación— es algo absolutamente incomprensible. Cogió una de las pequeñas mesas octogonales que había dispersas por la sala y la colocó delante de la chimenea, con dos patas en la alfombra del hogar. Sobre esa mesa colocó el mecanismo. Luego acercó una silla y se sentó. Aparte de aquel mecanismo, sólo había un objeto más sobre la mesa: una pequeña lámpara con tulipa, cuya brillante luz se derramaba sobre el artefacto. Había tal vez una docena de velas alrededor, dos en palmatorias¹⁰ de bronce y otras cuantas en candelabros, así que la sala estaba estupendamente iluminada. Yo estaba sentado en un sillón junto a la chimenea, y lo adelanté un poco para situarme casi entre el Viajero del Tiempo y el fuego. Filby se colocó tras él, mirando por encima del hombro. El médico y el alcalde lo observaban de perfil, desde la derecha. Y el psicólogo

9. Realización.

10. Objeto que sirve para transportar velas y que por lo general consiste en un plato pequeño con un hueco cilíndrico en el centro donde se colocan éstas.

go, desde la izquierda. El jovencito se colocó detrás de este último. Todos estábamos muy pendientes. Me pareció que sería increíble que cualquier clase de truco, por muy ingenioso y sutil que fuera y por muy diestramente que se ejecutara, pudiera llevarse a cabo en esas condiciones y delante de todos nosotros.

El Viajero del Tiempo se detuvo a mirarnos y luego observó el artefacto.

—¿Y bien? —preguntó el psicólogo.

—Este pequeño artefacto —dijo el Viajero del Tiempo, apoyando el codo en la mesa y cogiendo el aparato— es sólo un modelo. Es mi plan para fabricar una máquina que permita viajar en el tiempo. Verán que parece curiosamente irregular y que hay un extraño parpadeo luminoso en este lado, como si fuera de algún modo irreal. —Señaló esa parte con el dedo—. También hay aquí una pequeña palanca blanca, y aquí otra.

El médico se levantó de su silla y se inclinó para observar de cerca el artefacto.

—Está maravillosamente construido —dijo.

—Me ha llevado dos años hacerlo —replicó el Viajero del Tiempo. Luego, cuando todos imitamos el gesto del médico, añadió—: Ahora quiero

que entiendan claramente que esta palanca, cuando se presiona, envía a la máquina directa al futuro, mientras esta otra invierte el movimiento. Esta silla representa el asiento del Viajero del Tiempo. Ahora, voy a presionar la palanca y la máquina se irá. Se desvanecerá mientras viaja al futuro y desaparecerá. Miren bien el aparato. Miren la mesa también. Y comprueben que no hay truco ninguno. No quiero perder este modelo y que luego me acusen de charlatán.

Se hizo un silencio de tal vez un minuto. Me pareció que el psicólogo estaba a punto de decirme algo, pero cambió de opinión. Entonces, el Viajero del Tiempo adelantó el dedo hacia la palanca.

—No... —dijo de repente—. Deme su mano.

Y, volviéndose hacia el psicólogo, le cogió la mano al hombre y le dijo que extendiera el dedo índice. Así que fue el propio psicólogo quien lanzó al modelo de la máquina del tiempo a su interminable viaje. Todos vimos cómo presionaba la palanca. Yo estoy completamente seguro de que no hubo truco ninguno. Sopló una ráfaga de viento y la llama de la lámpara parpadeó. Una de las velas de la repisa se apagó y el pequeño artefacto

comenzó a girar de repente hasta que se hizo indistinguible, pareció adquirir una consistencia fantasmal durante tal vez unos segundos, como un remolino de metal y marfil levemente brillante, y luego se desvaneció: ¡desapareció! Exceptuando la lámpara, en la mesa ya no había nada.

Todos permanecemos en silencio durante unos instantes. Entonces, Filby dejó escapar una maldición.

El psicólogo se recobró de su estupor¹¹ y, de repente, miró debajo de la mesa. Ante aquel gesto, el Viajero del Tiempo se echó a reír alegremente.

—¿Y bien? —dijo, repitiendo la pregunta que había hecho unos minutos antes el psicólogo. Luego se levantó, se acercó al bote de tabaco que había sobre la repisa de la chimenea y, dándonos la espalda, comenzó a cargar su pipa.

Nosotros nos miramos unos a otros.

—¡Bueno! —exclamó el médico—. ¿Vamos a tomarnos esto en serio? ¿Realmente creen que esa máquina ha empezado a viajar en el tiempo?

—Por supuesto que sí —dijo el Viajero del Tiempo, antes de callarse para prender una cerilla

11. Sorpresa considerable.

en el fuego. Luego se volvió, mientras encendía la pipa, para mirar al psicólogo a la cara. (Éste, para demostrar que no estaba conmovido, se procuró un puro e intentó encenderlo sin cortarlo antes.)—. Es más: tengo una máquina grande casi acabada aquí mismo... —y señaló en dirección a su laboratorio—, y cuando esté acabada tengo la intención de hacer un viaje yo mismo.

—¿Está usted diciendo que ese aparato ha viajado hacia el futuro? —preguntó Filby.

—Al futuro o al pasado... En realidad, no sé adónde ha ido.

Después de un instante de silencio, el psicólogo tuvo una idea inspirada.

—Si ha ido a alguna parte, se habrá desplazado al pasado —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el Viajero del Tiempo.

—Porque supongo que no se ha movido en el espacio y, si hubiera viajado hacia el futuro, aún estaría ahí, porque debe haberse desplazado a través de *este* tiempo.

—Pero si ha ido hacia el pasado —dije yo—, lo habríamos visto cuando entramos en esta sala; y el pasado jueves, cuando estuvimos todos aquí; y el jueves anterior, ¡y así sucesivamente!

—Unas apreciaciones muy coherentes —apuntó el alcalde, con cierto aire de imparcialidad, volviéndose hacia el Viajero del Tiempo.

—En absoluto —dijo el Viajero del Tiempo, y luego se dirigió al psicólogo—: Piénselo. *Usted* puede explicarlo. Usted sabe que es una exposición que se encuentra por debajo del umbral¹² de la percepción, una exposición difusa.

—Por supuesto —dijo el psicólogo, tranquilizándonos—. Es una sencilla cuestión de psicología. Debería haberlo pensado. Es muy simple, y explica perfectamente la paradoja. Nosotros no podemos ver esa máquina, ni tampoco distinguirla, por la misma razón que no podemos ver los radios de una rueda al girar a gran velocidad, o una bala surcando el aire. Si esa máquina está viajando a través del tiempo cincuenta o cien veces más rápido que nosotros, si viaja un minuto en un segundo para nosotros, la impresión que nos dará, por supuesto, será una cincuentésima o una centésima parte de lo que sería si no estuviera viajando en el tiempo. Es muy sencillo... —Y pasó entonces

12. Valor mínimo para que pueda captarse algún tipo de efecto.

la mano por el lugar donde había estado la máquina—. ¿Lo ven? —dijo, riéndose.

Permanecimos quietos y atónitos delante de la mesa vacía durante un minuto, más o menos. Entonces el Viajero del Tiempo nos preguntó qué pensábamos de todo aquello.

—Hoy todo parece bastante posible —dijo el médico—, pero ya veremos mañana. A ver qué dice el sentido común mañana por la mañana.

—¿Les gustaría ver la verdadera máquina del tiempo? —preguntó el Viajero.

Y así cogió la lámpara y avanzó delante de todos por el largo y gélido pasillo que conducía a su laboratorio. Recuerdo vívidamente la vela vacilante, la estrafalaria silueta de su cabeza, la danza de las sombras, y cómo íbamos tras él, confundidos e incrédulos, y cómo luego, allí, en el laboratorio, contemplamos un ejemplar a gran escala del pequeño mecanismo que habíamos visto desvanecerse delante de nuestros ojos. Tenía unas partes de níquel, otras de marfil y algunas que ciertamente parecían haber sido talladas o perfiladas en cristal de roca. El artefacto estaba casi terminado, pero las barras cristalinas en espiral estaban sin acabar, en un banco de trabajo,

junto a algunos planos y dibujos, y yo cogí una para verla mejor. Parecía como de cuarzo.

—¡Vaya! —exclamó el médico—. ¿Así que va en serio? ¿O es un truco... como aquel fantasma que nos enseñó la Navidad pasada?

—En esa máquina —dijo el Viajero del Tiempo, manteniendo la lámpara en alto— pretendo viajar en el tiempo. ¿Está claro? Nunca he hablado más en serio en mi vida.

Ninguno de nosotros supo cómo tomarse aquella declaración.

Vi que Filby se asomaba por encima del hombro del médico y me guiñaba un ojo con toda solemnidad.